



ENTREGA No. 84

ATRA-HASIS

("El muy sabio", sacerdote) - PRIMERA PARTE

Queridos hermanos lectores, iniciamos hoy el conocimiento del poema épico "**acádico**" del siglo XVIII a. C. "**ATRA-HASIS**". Esta lectura hace parte de la tarea que nos propusimos desarrollar para conocer los orígenes de la teología judaica, que, al fin y al cabo, es la nuestra porque los cristianos, asumimos el Antiguo Testamento (Tanaj), como nuestra propia historia. Hablar en Mesopotamia de elemento acádico, ya es introducir el elemento semítico en su devenir. Los acadios, invasores de Sumeria, eran semíticos o sea, descendientes de Sem, hijo de Noe, lo cual no es etnográfico, sino lingüístico, ni tampoco es histórico.

Tomaremos como fuente el mismo libro fuente de Gilgamés, es decir, "Historias mágicas de los dioses sumerios", de R, Benito Vidal, serie "Enigmas de la historia". Queda pendiente por hacer un análisis temático de Gilgamés:

Inicio: [Los "**ANUNNAKI**" (los hijos de Anu), **dioses menores que envió el padre "ANU", a trabajar la tierra**, a los que tenía esclavizados en el fondo de las minas para extraer los preciosos minerales (principalmente oro), en aquellos tiempos en que aún no había sido creado el **HOMBRE**, el "**Obrero Primitivo**", para redimirles de estas penalidades terrenas, cuando sobre la Tierra sólo vivían dioses, se rebelaron debido al duro trabajo que debían soportar.

Por este motivo, y auxiliados por la ingeniería genética, los dioses **Enlil, Ea-Enki y Ninhursag**, crearon Hombre y con él, al obrero, que era el que iba a sustituir a aquellos dioses menores (Anunnaki) en los trabajos de explotación del planeta que invadieron y trataron de explotar hasta la total esquilmación.

- Pero entonces, comenzó el nuevo ser recién creado a procrear y a multiplicarse. Pronto formaron una verdadera multitud que se extendió por toda la tierra **viviendo según sus propios criterios, sin atenerse a ninguna clase de regla o ley, sin acordarse que debían su vida a la magnanimidad egoísta de los Grandes Dioses que moraban en el Cielo de Anu.**
- Vivían tan apresuradamente y **con tanto deshonor e inmoralidad**, que admitieron en sus vidas, quizá inocentemente, **tanta perversión**, que muy rápidamente provocaron la indisposición de Enlil contra ellos, **contra toda la humanidad**. El dios se quejaba:

"El territorio se extiende, el pueblo se multiplica; en el suelo se asientan como toros salvajes. El dios se desazonó con sus conjuntamientos. El dios Enlil oyó sus pronunciamientos, y dijo a los grandes dioses: Opresivos se han hecho los pronunciamientos de la humanidad. Sus conjuntamientos que quitan el sueño."

- Enlil se vio abocado a presentarse de nuevo ante la historia incipiente, **como un perseguidor de la humanidad, un vengador**, porque era él y sólo él, el que debía poner orden entre la desmandada hueste humana, que pululaban por las ciudades, las campiñas y las riberas de ríos como dueños y señores de todo, **sin guardar respeto por sus hacedores, y considerándose**



PARROQUIA
NUESTRA SEÑORA DEL TRÁNSITO



amos absolutos de todo lo que les rodeaba, incluidas sus propias vicias y sus propias conductas, las cuales, por ese indefinible afán de posesión y hedonismo, **se convirtieron en el verdadero semillero de aberrantes costumbres y vicios, que ellos mismos erigieron en sus vidas como sus propios dioses.**

Por eso el pastor Enlil, el de los ojos brillantes, el Señor de los Espacios Aéreos, del que decían los que fueron piadosos, que en "el Cielo él es el Príncipe y en la Tierra él es el Jefe", **no tuvo más remedio que adelantarse a su padre Anu, para salir como el represor maldito, la mano firme que acabara con tanta inmoralidad y osadía como se extendía por toda la tierra,** a lo largo y ancho de todos sus dominios.

- Enlil se reunió con los otros grandes dioses y decretó un severo castigo para sus infieles que se olvidaron de ellos. **¡Por ello les he de mandar una grave aflicción, tan grave que acabe con ellos! Con toda la humanidad.**

Los otros dioses acataron con servilismo la actitud colérica de su jefe y le adularon como solían hacer, añadiendo por su cuenta y riesgo una verdadera lista de fechorías y malas acciones, así como vicios y aberraciones que ellos sabían, cuando no hubiesen compartido conjuntamente, que usaban los humanos. Uno de los presentes dijo, recubriendo sus palabras con una cólera que quiso hacer semejante a la de su señor: -Oh, gran Enlil, elige tu castigo con sumo acerbo para que esa raza degenerada de seres que tú mismo creaste tenga su merecido. ¡Haz caer sobre todos ellos tu divina ira y la venganza que mereces por su traición!

Los ojos de Enlil, se desorbitaron y la intensidad de su furor salió de su boca como la lava ardiente de un volcán: ¡Ejemplar y concluyente será mi venganza! -¡Hay que ejemplarizar a la humanidad! -gritó otro de los dioses. Enlil dictó, ante todos aquellos divinos testigos, la terrible sentencia: ¡Requiero a la peste y a las enfermedades que siembren sobre los humanos la mayor mortandad que jamás se conociera en la tierra! Todos los presentes se quedaron mudos ante tan terrible condenación. Enlil tras un largo silencio, tronó más que dijo, con su voz ronca por la ira: **Y esta maldición caiga por igual, afligiendo a la humanidad y su ganado,** como acompañantes del castigo de Enlil!

- Hasta la próxima entrega y que Dios los proteja a todos. Hernando Flórez Torres, Parroquia nuestra Señora del Tránsito.